



El asentamiento chabolista de Las Liebres se está quedando vacío. Cada semana, unos cuantos afortunados esperan el momento de cambiar su «sanqui» por un piso. Todo se hace en un día: desalojo, mudanza y entrega de llaves. Su pasado es derribado a continuación

De la chabola al piso

TEXTO: M. J. ÁLVAREZ FOTOS: JULIÁN DE DOMINGO

MADRID. Una mesa camilla cubierta con unas faldas de colores, una silla desvencijada, una estantería con botellas vacías, un barreño y una viejas zapatillas. Es lo único que queda en uno de los barracones del poblado chabolista de Las Liebres (Fuencarral). Además de un fuerte olor, pegado como una lapa, a las cuatro paredes del habitáculo con suelo encementado. En la puerta una joven pareja y su única hija, aguardan, impacientes y entran y salen, rodeados de familiares, vecinos y chiquillos rebujados en mantas. Son Ángel y Sonia, embarazada de cinco meses, ambos de 24 años, y la pequeña Mónica, de cinco, de etnia gitana. Han pasado su última noche en el «sanqui», pero hoy dormirán más calientes.

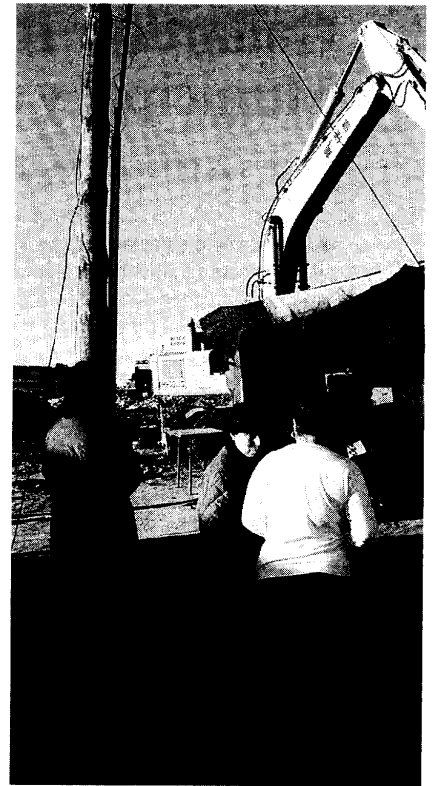
Se casaron a los catorce años y llevan siete años en la zona que hoy están a punto de abandonar para siempre. El ajetreo es incesante a las ocho de la mañana. Esperan a los empleados del IRIS

y del IVIMA que, de un plumazo, borrarán su pasado más reciente y reducirán a añicos la que hasta hoy ha sido su casa. Todo está perfectamente programado: cuando lleguen las máquinas y engullan los cuatro plásticos, tablas y ladrillos, se montarán en su furgoneta destartalada, donde caben todas sus pertenencias que cargaron la víspera, y tomarán rumbo a su nuevo destino: una vivienda de segunda mano adquirida por el Instituto de Realojo y la Integración Social (IRIS), perteneciente a la Consejería de Obras Públicas y Transportes. Media hora después, entre la curiosidad de los que esperan correr la misma suerte y los buscadores de restos; una puerta, la antena de la televisión, una muñeca desnuda y cajas de madera que serán recicladas en las estufas de leña.

Una furgoneta del IVIMA marca el camino a seguir. A la familia de Ángel le acompañan sus padres y un cuñado,

que han ido a echar una mano. El cortejo se pone en marcha. Son las nueve y media. Enfilan por la carretera y entre el tráfico pierden la guía. Todo está bajo control, conocen el camino ya que fueron a ver su nuevo piso por fuera, impacientes. Hoy lo harán por dentro. La parada obligada está en un barrio del Sur de la ciudad. Es una colonia de hace más de veinte años de pocas plantas. Aparcan y comienza el trajín: la descarga de colchones, somieres y bolsas de todos los tamaños.

Allí les dan la bienvenida Alicia, trabajadora social del IRIS y Carmen, coordinadora del Centro de Promoción Social Comunitaria del barrio. La pareja sube, junto a su hija. Lo más inmediato, tras mostrarles el piso, amplio y luminoso, de tres dormitorios, con la cocina equipada de electrodomésticos, es entregarles las llaves y darles los papeles rutinarios: los contratos del gas, luz, teléfono, y explicarles dónde están las co-



Sobre estas líneas, el derribo del «sanqui» de Ángel y Sonia; en la otra imagen, esta familia emprende una nueva etapa en su vida